

en el catálogo de los Santos hasta que se hubiese hecho su canonización con las solemnidades acostumbradas. El historiador de la Iglesia de Arlés refiere que en su tiempo, esto es, hace mucho más de un siglo, se había dejado de rezar su oficio en aquella Iglesia y de invocarle públicamente: resolución que el Sr. de Attichi, obispo de Autun, en sus Historias selectas de los cardenales, atribuye á las serias reflexiones que se hicieron entonces sobre lo que había contribuido el cardenal de Aleman á fomentar y prolongar el cisma. Sin embargo, no ha sido revocado el decreto de Clemente VII, y por consiguiente se cree que está en todo su vigor. Qué inferirá de aquí todo hombre imparcial y atento á los grandes principios, sino (conforme al sentir de Spondano y de otros muchos sábios) que el que tuvo la felicidad de morir santamente después de haber sumergido á la Iglesia en el cisma, había expiado su falta, en el intervalo que medió entre ella y la muerte, con frutos dignos de penitencia? De otro modo el cisma no sería contrario á la salvación, ni aun á aquel grado de santidad que merece un culto público: lo cual echaría por tierra todos los elementos de la sana doctrina y no podría sostenerse sin un escándalo enorme. Estos principios de derecho son incontestables y evidentes; y lo más que se podría imaginar por un efecto de piedad cristiana, sería que permaneciendo el cardenal de Aleman en una ignorancia invencible por la cortedad de su talento y por la especie singular de su celo fué su falta meramente material. Pero sin penetrar en estos senos de la conciencia, cuyo juicio está reservado á solo Dios, y sin atribuir á este prelado venerable un carácter que le honraria tan poco, basta que se hubiese reconciliado con el Pontífice legítimo, y que egecutase de buena fé, como lo confiesan todos los partidos, esta acción heroica, que sin disputa alguna es la más

esencial de todas las satisfacciones. Convienen también la mayor parte de los autores, en que después de haber conocido la verdad, fué uno de los que más se esforzaron en promover la renuncia de Felix. Según estas disposiciones, y con las eminentes virtudes que le conceden todos, es indubitable que si hubo un tiempo en que se desmintió esta virtud, conocida después su falta, la confesaria y haría por ella la penitencia conveniente, como lo asegura del mismo Felix un antiguo escritor (1).

Después de la abdicación del supuesto Papa Felix V, el conciliábulo de Lausana, débil resto del de Basilea, pero presumiendo siempre de concilio ecuménico y dándose el título de tal, quiso disolverse con honor. Espirando, por decirlo así, en el momento en que acababa de nacer, solo celebró su primera sesión para ver descender de la Silla apostólica á su Gefe y á su Papa. Al cabo de ocho días, en 16 de abril, espidió dos decretos en la sesión segunda, uno para abolir las censuras fulminadas con motivo del cisma, y otro para restablecer las providencias dadas y desatendidas casi simultáneamente en aquellos tiempos de turbulencia y de contradicción. Complaciéndose aquellos fingidos representantes de la Iglesia en continuar con su farsa, celebraron el día 19 otra sesión, en que eligieron por Papa á Nicolao V, que lo era había ya dos años. Tres días después celebraron por último la sesión cuarta en que concedieron á Felix los títulos y dignidades que solo podía recibir de Nicolao. Concluida la función, se declaró disuelto el conciliábulo, y se separó inmediatamente.

Había durado diez y ocho años enteros contados desde sus primeros principios en Basilea, cuya asamblea había sido decretada

(1) Jannoz. Mannet. in vit. Nicol. V, ap. Rain. Hist. de la Iglesia de Arlés. (1)

por dos concilios generales, á saber, los de Constanza y Sena; convocada por dos Papas legítimos, cuales fueron Martino V y Eugenio IV; reverenciada mucho tiempo como la asamblea de la Iglesia universal; á la que representó, según muchos críticos, en las veintinueve primeras sesiones; ocupada después bastante útilmente en restablecer la decaída disciplina y por lo mismo protegida eficaz y casi invariablemente por todos los príncipes que miraban con interés la gloria y la regularidad clerical (a). Pero el amor del mayor bien produce muchas veces grandes males, y se aparta siempre de su objeto, si no evita aquella intemperancia de sabiduría y aquel celo amargo que destruyen en vez de edificar. Por conseguir la reforma incurrió Basilea en el cisma y depuso al Pontífice que estaba reconocido como tal en todo el mundo cristiano. Es este un ejemplar de los muchos que en el primer período de aquella época del restablecimiento y restauración nos ponen á la vista los precipicios á que conduce el celo precipitado y excesivo de reforma. Su éxito fué fatal y feliz á un mismo tiempo, pues inspiró tanto horror al cisma, que desde entonces fué siempre inaccesible la Cátedra de Pedro á las divisiones que la habían afligido antes tan frecuentemente, contribuyendo á un objeto tan loable la unión de todas las iglesias y de todos los príncipes cristianos; y es una lección mucho más útil todavía, si produce en nosotros una persuasión íntima é irrevocable de que para edificar no conviene destruir, y de que al enderezar las reglas es necesario cuidar de que no se rompan.

LIBRO QUINGÜÉSIMO-TERCERO.
Desde la estincion del cisma de Basilea en el año 1449, hasta la ruina del imperio de Oriente en el de 1453.

El cuerpo de la Iglesia latina, ó mejor diremos de la Iglesia universal, semejábase, á mediados del siglo XV, á un navio que vuelve á entrar en el puerto después de la tempestad, mientras que el débil bajel que se daba el nombre pomposo de Iglesia oriental, agitado sin interrupción por los vientos y las olas, era impelido sin cesar y cada vez con mayor violencia contra los escollos en que debía estrellarse. Reconocido y sinceramente reverenciado, el Pastor romano por el antipapa arrependido y por los fautores del cisma que habían permanecido obstinados tanto tiempo

(a) Conviene, sin embargo, tener siempre presente lo que acerca de este conciliábulo se ha dicho en el curso de esta Historia, en la cual como en muchos otros puntos ha corregido Henrion oportunisimamente á Bercastel y alborádonos de tener que añadir las correspondientes notas. Es tanto más necesario tenerlo presente, cuanto que los partidarios de las llamadas libertades galicanas y de la declaración de 1682, aunque ya pocos por fortuna, siempre suelen tener en boca el concilio de Basilea y lo que este citaba del de Constanza. Pueden verse sobre el particular las obras de Maistro, de Anfossi, y de Lamennais antes que apostatará. (N. del E.)

no. Es este un ejemplar de los muchos que en el primer período de aquella época del restablecimiento y restauración nos ponen á la vista los precipicios á que conduce el celo precipitado y excesivo de reforma. Su éxito fué fatal y feliz á un mismo tiempo, pues inspiró tanto horror al cisma, que desde entonces fué siempre inaccesible la Cátedra de Pedro á las divisiones que la habían afligido antes tan frecuentemente, contribuyendo á un objeto tan loable la unión de todas las iglesias y de todos los príncipes cristianos; y es una lección mucho más útil todavía, si produce en nosotros una persuasión íntima é irrevocable de que para edificar no conviene destruir, y de que al enderezar las reglas es necesario cuidar de que no se rompan.

no. Es este un ejemplar de los muchos que en el primer período de aquella época del restablecimiento y restauración nos ponen á la vista los precipicios á que conduce el celo precipitado y excesivo de reforma. Su éxito fué fatal y feliz á un mismo tiempo, pues inspiró tanto horror al cisma, que desde entonces fué siempre inaccesible la Cátedra de Pedro á las divisiones que la habían afligido antes tan frecuentemente, contribuyendo á un objeto tan loable la unión de todas las iglesias y de todos los príncipes cristianos; y es una lección mucho más útil todavía, si produce en nosotros una persuasión íntima é irrevocable de que para edificar no conviene destruir, y de que al enderezar las reglas es necesario cuidar de que no se rompan.

(1) Hist. de la Iglesia de Arlés. (1)

po, se aplicaba en el seno de la paz y de la concordia á restituir á la Silla apostólica toda su magestad, y á reparar los desórdenes causados por el odio y la division. Alfonso, rey de Aragón y de Nápoles, habia desistido de sus pretensiones al ducado de Milan, en el que habia tenido fin la dominacion de los Viscontis al espirar el duque Felipe, despues de haber durado ciento setenta años; y usando de una moderacion muy agena de su carácter, dejaba que respirase la Italia despues de las turbulencias que habia escitado en ella con sus celos y con sus proyectos ambiciosos (a). Los Estados de España, incluso Navarra y Castilla, no mostraban menos obediencia á la Santa Sede que el reino de Portugal, siempre adicto á los Pontífices Eugenio y Nicolao (b). La Francia, que á pesar de sus extraordinarias calamidades, habia trabajado con buen éxito por el restablecimiento de la unidad católica, sostenia su obra con un celo igual á su gratitud para con el Todopoderoso, que parece quiso premiarla confundiendo para siempre la presuncion del inglés altivo y afirmando sólidamente el trono en la familia de San Luis. En Germania, en Polonia, en Hungria, en todos los países septentrionales y vecinos á los orientales

(a) Recuérdese lo que acerca de Alfonso V de Aragón, llamado el Magnánimo, hemos dicho en las notas anteriores, y se conocerá hay exageracion en lo que contra él dice nuestro historiador. (N. del E.)

(b) Aunque los Estados de Castilla se vieron casi incesantemente agitados por los bandos y divisiones de la nobleza, por la ambicion de los favoritos y por las guerras intestinas, promovidas y continuadas con tanto furor por una y otra parte, durante los reinados de Juan II y de Enrique IV, y en las que tan grande papel hizo D. Alvaro de Luna; sin embargo, invariablemente adicta la Iglesia de España al Pontífice legítimo é indubitable, sostuvo siempre los intereses de Eugenio IV y del santo concilio de Florencia, en lo cual se distinguieron, aun entre los mas célebres doctores de todo el mundo cristiano, los cardenales Juan de Torquemada y Juan de Carvajal, insignes en virtud, ciencia y valor, de cuyos hechos están llenas las historias y de quienes tan honoríficamente ha hecho ya mencion nuestro historiador. Véase Mariana lib. 21 y 22. (N. del E.)

cismáticos, lejos de dar entrada al contagio del error, se procuraba socorrer á aquellos hermanos estraviados, y por medio de los auxilios temporales se trataba de despertar en ellos el espíritu de la fé verdadera antes que enteramente se extinguiese.

En el centro de la Religión y de la unidad cristiana, y en la época que acabamos de señalar, se reconoció desde luego que si por el espíritu de division se habia suspendido el respeto de los pueblos y de los grandes á la Silla de Pedro, se mostraba con mas ardor que nunca desde el restablecimiento de la concordia. Segun la bula de Clemente VI, que redujo el jubileo al espacio de cincuenta años, le habia anunciado Nicolao V el día 19 de enero de 1449 para el año siguiente; y fué tal el gentío de todas clases y de todos los países que acudió al sepulcro de los Santos Apóstoles, que no se acordaban los nacidos de haber visto nunca un concurso tan numeroso (1). El Pontífice habia comunicado órdenes eficaces para la libertad y seguridad de los caminos, con el objeto de que los peregrinos no se viesen espuestos en ellos al robo ni á los insultos, y para que se vendiesen los víveres á precios equitativos; mas no se pudo evitar el tumulto y la confusion, casi irremediable en el flujo y reflujo de aquella gran multitud. No pocas personas quedaron ahogadas en las iglesias y en otros muchos parages. En el puente de Sant'Angelo, los que iban á ver la imagen de la Verónica á la iglesia del Vaticano, y los que de ella venían, se encontraron cerca de un hombre que conducia una mula espantadiza, y se separaron tan bruscamente y se apiñaron de tal modo que noventa y siete personas fueron empujadas por sobre los parapetos ó barandilla á las aguas del rio, donde tropezando y chocando unos

(1) Matth. de Courci. p. 609.

con otros y abrazándose despues, perecieron todos ahogados. El Papa mostró por ello el mayor sentimiento y dispuso se les hiciesen magnificas exequias como á penitentes que habian muerto practicando la penitencia. Su Santidad recibió honoríficamente á un gran número de peregrinos distinguidos, y entre otros al arzobispo elector de Tréveris, á quien dió permiso para fundar una universidad en esta metrópoli, y al conde de Cillei en Stiria, tan desacreditado por sus vicios como ilustrado por sus alianzas con los emperadores. Contaba entonces noventa años, y no obstante, luego que volvió á su país, se abandonó de nuevo á todos los excesos que habia ido á confesar á tan gran distancia.

Recibió un nuevo lustre el año del jubileo con motivo de la canonizacion de San Bernardino de Sena, ejecutada entonces (1). Los muchos milagros obrados en su sepulcro en los seis años trascurridos desde la muerte del Santo, reunieron en favor de este humilde discípulo de San Francisco á los ciudadanos de Sena, en cuya ciudad habia consumido la mayor parte de su vida, con los de Aquila, donde habia muerto. La informacion de sus virtudes heroicas se habia principiado en tiempo del Papa Eugenio IV, que habia sido muchas veces testigo ocular de ellas, y la siguió Nicolao V con tanta diligencia, que se concluyó en 1449 por la solicitud de Juan Capistrano, digno por cierto de un ministerio que despues habia de ejercerse con él. La canonizacion se celebró por último con toda solemnidad el día de Pentecostés, 26 de mayo de 1450, en el que se vió tambien otro Santo de la misma observancia; esto es, el bienaventurado Diego, español, que en su clase de religioso lego manifestó todas las virtudes y cogió los frutos del apostolado. Los reli-

(1) Bull. t. 2. Const. Nicol. V. boqs. de solo de de Verónica, sino tambien con el de Sena, y las contribuciones escrivias en el de Sena.

giosos conventuales reverenciando entonces al que no habian querido seguir en la reforma, y obstinándose en no entregar su cuerpo que conservaban en el monasterio de Aquila, mandó el Sumo Pontífice que le custodiasen los observantes que le habian reverenciado y seguido con constancia como á su segundo fundador. Edificáronle una iglesia magnífica, á la que le trasladaron algunos años despues, y colocáronle en una urna de plata, que pagó el rey Luis XI, quien le veneraba de un modo especial. En la canonizacion de este ilustre franciscano, fué, por decirlo así, canonizado en vida San Antonino de Florencia, que era el ornamento del orden de Santo Domingo, pues admirado Nicolao V de su vida angelical y de sus obras maravillosas, exclamó que no creia ser Antonino menos digno que Bernardino de que se le colocase en el número de los Santos. Volvió á consolidarse el poder de Carlos VII en este mismo año de 1450 y á adquirir toda su dignidad la corona de Francia de resultas de la batalla de Formigni, en que fueron derrotados los ingleses; como si hubiese querido la Providencia que no mediara intervalo alguno entre la paz de la Iglesia y la tranquilidad y prosperidad de la nacion que principalmente habia contribuido á ella. Mientras ponía en olvido sus propios intereses y sus peligros por consagrarse enteramente á la estincion del cisma, la tregua que con este objeto habia acordado con los ingleses fué quebrantada por estos irreconciliables enemigos dos meses antes del término señalado. Entraron por sorpresa en la plaza de Fougères, que era del duque de Bretaña, aliado del rey Carlos, cometiendo esta felonía en un tiempo en que confiados sus vecinos en la fé de los tratados, nada recelaban: saquearon la ciudad, y se llevaron inmensas riquezas. Quejóse el rey al duque de Somerset, que

era gobernador de Normandía por el rey de Inglaterra, el cual creyó satisfacerle desaprobando la conducta del autor de la invasión. Habiéndole pedido que reparase los daños y perjuicios, y restituyese la plaza, respondió con frialdad que esto no dependía de él; y habiendo repetido la solicitud ante el rey de Inglaterra, este trató de eximirse con vanos escusos. Propuso entretanto el duque de Somerset una conferencia al rey Carlos, que la aceptó; y en consecuencia pasaron los ministros del rey y los agentes del duque á Louviers, donde habia de celebrarse. Mas era muy de temer la fe británica, que solo aspiraba á ganar tiempo para remediar los tristes efectos de la discordia que por justos juicios de Dios desde la Francia, donde la Inglaterra la habia encendido, habia pasado á este pais. Por lo tanto el duque de Bretaña, con anuencia del rey, se apoderó del puente del Arco, que estaba en aquellas inmediaciones, y de algunas otras plazas que podian servir de canga; ó á lo menos de indemnizacion por la pérdida de Fougères. Quejóse amargamente el duque de Somerset, y como la respuesta era muy fácil, se le pidió que devolviese la plaza de Fougères, y le restituirian al punto lo que habian tomado por via de represalias. Manifestó entonces el gobierno británico con claridad sus verdaderas disposiciones, pues mandó desde luego á sus agentes que rompiesen las conferencias y declarasen la guerra entre las dos naciones.

La Inglaterra, tomando en cierto modo á su cargo la venganza de la Francia, se precipitaba por su propio impulso en el abismo donde por tanto tiempo habia pretendido hacerla caer. Empeñábase voluntariamente en una guerra estrangera y ruinosa, mientras que la suerte del duque de Gloucester, á quien habian quitado la vida en una cárcel no obstante ser hermano del rey, y las contribuciones excesivas con que

oprimian al pueblo, causaban en el seno del Estado unas agitaciones terribles y todo género de desórdenes. Habiendo osado también los ingleses hacer una irrupcion en Escocia contra la fe de los tratados, en los que habia sido comprendido este reino, perdieron dos batallas sangrientas, y en una de ellas veinte y cuatro mil hombres, de resultas de lo cual entraron en Inglaterra los escoceses, y lo llevaron todo á sangre y fuego. Carlos VII se aprovechó tanto de las circunstancias, que arrojó para siempre de su reino á aquellos peligrosos vasallos.

El conde de Foix, á quien habia confiado el mando de sus ejércitos desde los Pirineos hasta el Garona, recibió orden de acometer generalmente todas las plazas que conservaban los ingleses en aquellas provincias. No podia haber depositado mejor su confianza el monarca. El conde, yerno del rey de Navarra, que estaba coligado con el de Inglaterra y que se habia garantido particularmente la ciudad de Mauleon del Saucce, muy fuerte para aquel tiempo, la puso sitio, cortándola los viveres por todas partes; pues pudo más en él la fidelidad que debia á su soberano que los afectos naturales. Se resistió á cuantas instancias le hizo el rey su suegro, que habia acudido á auxiliar la plaza, y la obligó á rendirse. Apoderóse igualmente del castillo de Guisanz, situado á cuatro leguas de Bayona, despues de haber derrotado un ejército inglés que iba á socorrerle.

Por la parte de Normandía, donde el enemigo era el mas poderoso, el conde de Dunois, nombrado gobernador general del reino con la condicion de ceder el mando al condestable siempre que se hallasen juntos, obligó á huir al general Talbot, que habia ido á sitiar el fuerte de Verneuil de la Percha, una de las mejores plazas de Francia. No solo se apoderaron las armas francesas de Verneuil, sino tambien de Lisieux, que

estaba en el centro de Normandía, de Pont-Audemer, de San James de Beuvron, de Alençon, Mante, Vernon, el castillo de Dangu, Gisors, Gournai, Neufchatel, Fecamp y otras muchas plazas fuertes, de las cuales unas se tomaron por asalto, y otras por capitulacion. En la Normandía baja, el duque de Bretaña, acompañado del condestable, se apoderó de las ciudades de Coutance, San-Ló, Carentan, y un número considerable de castillos fortificados; de Valogne, con seis ó siete plazas pequeñas, y últimamente de la ciudad de Fougères, que habia sido la causa del rompimiento.

Noticioso el rey de todos estos triunfos, que tenian consternada á la ciudad de Rouen, donde se hallaban el duque de Somerset y el general Talbot con tres mil hombres de su nacion, envió á intimar á aquella capital, cansada ya del yugo inglés, que volviese á su antigua obediencia (1). No permitió el duque que entrasen en la ciudad los heraldos, y hasta les amenazó con quitarles la vida si se acercaban á ella; pero habiendo mandado el conde de Dunois que desfilase todo el ejército de modo que pudiese ser visto desde las murallas, los vecinos que presenciaron este espectáculo, repetido muchas veces, se representaron con viveza todos los horrores de una ciudad tomada por asalto, y suplicaron á su arzobispo Raulo Roussel, que fuese á negociar la paz con el rey Carlos, admitiendo cualquier proposicion ó tratado razonable. Hecho esto, se pusieron inmediatamente sobre las armas en todos los barrios para resistir á la guarnicion inglesa, de la cual no dudaban que habia de oponerse á su resolucion. En efecto, desesperados el duque de Somerset y el general Talbot de que ambos hubiesen de sufrir tamaña afrenta, dieron orden para que tomasen las armas

todos los de su nacion, y se apoderaron desde luego de las puertas y muros de la ciudad; pero muy en breve fueron arrojados de allí por la innumerable gente del pueblo que acudió, y los obligó á refugiarse al castillo viejo y á algunos otros puestos fuera de la ciudad. Acercó otra vez su ejército el conde de Dunois, se apoderó al paso del fuerte de Santa Catalina, cuyo gobernador se rindió á la primera intimacion, y recibió allí las llaves de la ciudad, que salieron á presentarle los principales ciudadanos. Introdujo en ella sus tropas, que en union con el vecindario estrecharon fuertemente á los ingleses, en tales términos, que pasados algunos dias vióse reducido el duque de Somerset á capitular, y convino en entregar los puestos que ocupaba y todas las plazas que aún le quedaban en aquellas cercanías, á escepcion de Harfleur, pareciéndole demasiado vergonzoso entregar por sí propio una ciudad que habia sido la primera conquista del rey Enrique V. Obligóse tambien á poner en libertad á todos los prisioneros franceses que tenia en su poder, á pagar además cincuenta mil escudos de oro en el espacio de un año, y á dejar en rehenes al general Talbot para seguridad del cumplimiento de lo pactado. Con estas condiciones se concedió al duque, á su familia y á toda la guarnicion inglesa un salvo-conducto para retirarse adonde quisiesen con todo el bagaje, á escepcion de la artillería gruesa (1449).

Carlos VII verificó su entrada en Rouen con un aparato proporcionado á la importancia de aquella conquista (1). Iban en primer lugar los ballesteros, despues los heraldos del rey, los del rey de Sicilia que se hallaba en la expedicion, y los de los demas príncipes, todos con sus cotas de malla: en seguida los trompetas, que iban delante del caballerizo mayor, el cual llevaba la espada

(1) Monstrel. vol. 3, c. 19.

B. del C., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo IV.

(1) J. Chart. p. 180.